El club de los que sobran

Luis Emilio Guzmán

Ilustraciones: Quique Palomo

loqueleo

1

Si lo miro en perspectiva, debería haberme ido a acostar temprano. Hacerle caso a mi mamá. No creer que mi hermano iba a ayudarme. Nunca lo ha hecho, así que ¿por qué iba a empezar hoy?

Me siento como uno de esos extraños torbellinos que en medio del desierto arrasan a quien se le ponga por delante. La única gran diferencia es que yo no ocupé mi fuerza para atraerlos a este lugar. Tampoco mi súper inteligencia o mi belleza sin igual.

¿A quién quiero engañar? A ustedes menos que a nadie. No soy «lindo», como dicen las niñas, y tampoco soy lo que se llama in-te-li-gen-te.

Pero ojo, tampoco soy tonto. O al menos eso creía... hasta hoy.

Me duele la guata. Llevamos mucho rato acostados, el suelo del subterráneo está frío y tiene una pequeña capa de grasa. Seguro que los ratones gobiernan este territorio. Miro a la izquierda y veo que Sebastián tiene los ojos cerrados. ¿Se habrá quedado dormido? En una de esas. El

Chupete, como le gusta que le digan en el barrio, se acuesta después de que su mamá le sirve la comida. Ahora que estamos en verano lo hace cerca de las nueve de la noche. Sus papás conversan mientras ven las noticias, y el Seba actualiza su estado en Facebook, siempre muy ordenado: «Dos goles en el parque. Se despide, Chupete», «Ojalá las vacaciones duraran para siempre» o cosas por el estilo. Pobre. Mi amigo no es tan *nerd* como parece, pero a la hora de salir a bailar a la pista, prefiere quedarse cerca del DJ. O sea, la verdad es que hemos ido solo a dos fiestas bailables, pero en ambas Chupete quedó en la banca.

—Oye, Seba... —susurro.

No abre los ojos. ¿Qué onda? Vuelvo a llamarlo, esta vez por su sobrenombre. «Chupete». Nada. «Goleador». Tampoco. Lo muevo con la mano, pero no reacciona. Rayos. Ni siquiera puedo verle la cara.

Cuando mi hermano Pablo ordenó que nos tiráramos al suelo, yo quedé medio metro atrás de Chupete. Así que no me queda otra que jugármela con el lazo sanguíneo. Llamo a mi hermano.

—Pablo...

—Shhh.

—Oye, ¿Chupete está dormido?

—Te dije que te *callarai*, mocoso.

Ahhh, el suave aroma del amor entre hermanos. ¿Qué haría sin Pablo? Miles de cosas, eso se los puedo asegurar. Tendría a la mamá entera para mí, un computador, estaría en un colegio con agua caliente en los baños y estufas en las salas, y quién sabe, en una de esas hasta tendría a mi papá en la casa.

Claro que esa es otra historia.

La cuento más tarde.

Golpeo con fuerza la pantorrilla izquierda de Pablo y juro que la mano me rebota. Malditos *skaters*. Uno juega al fútbol todo el día y termina cansado y flaco como rama de árbol, mientras ellos levantan una tabla, se *quiebran* con las niñas que los van a ver y, para más remate, sacan músculos. *Okey*, ya sé que tiene dieciséis años, pero eso no le da derecho a...

—¿Quieres que te mate? —pregunta mi hermano dándose vuelta y entregándome esa cara de odio tan natural que lleva día y noche.

Alternativa A: No.

Alternativa B: ¿Puede ser más tarde?

Alternativa C: Mátate tú, tarado.

Alternativa D: Haz lo que quieras, pero déjame con la Dominga.

Prefiero dejar el *¿Quién quiere ser millonario?* de hoy y, con un súper gesto de ojos, señalo al Seba. Mi hermano gira su cabeza y ve a mi querido amigo. Pone su cara de superioridad 5.0 y dice:

—Está muerto de miedo.

Entonces Sebastián, alias Chupete, súper alias mi mejor amigo, recontra alias «El goleador de Bustamante», mira hacia atrás y me ve. Suda como si hubiéramos jugado una pichanga con cuarenta grados a la sombra. Quiere decirme que está bien, pero no le sale el habla. Tiene una mancha en el pantalón, como de pipí. O tal vez son lágrimas, pienso. Pero las lágrimas no le pueden salir desde sus ojos hasta incrustarse en el pantalón. Estoy confundido. Y cansado. A pesar del momento, estoy por sobre todo cansado. Quiero irme a la casa. A la casa que sea. No me importa si es en el campo o en Girardi 1956, donde he pasado los trece años de mi vida. Tampoco me interesa si va a estar mi mamá o si de milagro vuelve mi papá. Ese es su problema. Yo quiero salir de acá. Irme. Huir. Decirle a Pablo que actúe alguna vez como hermano mayor y que me rescate. Que salgamos todos. Repito, todos.

Como si se tratase de una comunicación psíquica, Pablo me mira y dice:

—No podemos dejar a la Dominga, ¿me oíste?

Maldito. Lo dice como amenazándome. ¡Claro que no la vamos a dejar acá! Y menos a la Dominga.

Pienso: Tal vez nunca salgamos vivos.

Y todo por culpa del Chuña.

2

El Chuña apareció muerto el 18 de enero a las 9:18 de la mañana.

Bueno, al menos a esa hora lo vi, echado en su banco del Parque Bustamante, a pasos de la calle San Eugenio. Por supuesto que no me di cuenta altiro. Mi papá veía *CSI*, así que sé lo que es un forense. Para ser francos, la única y gran razón por la que me di cuenta de que algo raro pasaba fue porque, por primera vez en los diez años que nos conocíamos, el Chuña no me gritó ninguna lisura.

Había llegado a la calle Bustamante y me dirigía a mi lugar favorito del parque, que queda entre la frontera de Irarrázaval al norte y el comienzo de la avenida Matta por el sur, donde una gran masa de pasto convive con juegos infantiles, una salida de metro y un círculo de cemento donde se supone que los *nerds* hacen patín. En medio de ese bastión es donde usualmente se disputan los más combativos partidos de los que el barrio tenga memoria. Y por supuesto que yo soy uno de los protagonistas. Sin embargo, esa mañana no había acción. ¡Eran las 9:18, por favor!

Lo cierto es que ahí estaba yo, dispuesto a pelotear un rato, solo, hasta que apareciera Chupete y, quién sabe, en una de esas cerca del mediodía nos juntábamos con los Iturra y sus primos de La Serena e íbamos tirando más hacia Providencia. A veces subíamos por Sucre y terminábamos en la plaza de Miguel Claro jugándonos una pichanga con los pitucos del sector.

Pero nada de eso ocurrió.

Cuando vi al Chuña me quedé quieto, con la pelota en mi brazo y la mirada fija. Supe en el acto que ese día iba a ser raro y, como zombi, me acerqué hasta quedar a pocos centímetros de su cara. Tenía los ojos y la boca abiertos. A su lado, su frazada roñosa y una botella de vino medio vacía. La barba estaba intacta y en su abrigo de cuero no había rasgos de heridas o algo parecido.